

JOHN STUART MILL Y SU ESPOSA HARRIET. DEL LIBERALISMO A LA SOCIALDEMOCRACIA.

José C. Valenzuela Feijóo.¹

I

El siglo XIX fue un siglo de grandes -muy grandes- pensadores. Y entre ellos, el inglés John Stuart Mill (nacido en Londres, el 2 de mayo de 1806) ocupa un muy destacado lugar. Su "System of Logic" (1843),² los "Principios de Economía Política" (1848; última edición en vida de Mill, 1871), "Sobre la libertad" (1859), "El utilitarismo" (1861), "La esclavitud de las mujeres" (1869) y la "Autobiografía" (1873) son algunos de los textos que más fama le han dado.

Mill murió -luego de una larga tuberculosis- en Avignon, Francia, el 7 de mayo de 1873. Su esposa, Harriet Mill, había muerto el 3 de noviembre de 1858, también en Avignon y también por un ataque pulmonar: "mi esposa, compañera de todos mis sentimientos, catalizadora de mis mejores ideas, guía de todos mis actos, ha muerto. Cayó enferma en este lugar con un violento ataque de bronquitis o congestión pulmonar". Con ello, agrega Mill, "el resorte de mi vida se ha roto" (carta Thornton, 9/11/1858). En la lápida del cementerio de Avignon, Mill escribió que "si tan sólo hubiera unos pocos corazones e intelectos como el suyo, este mundo ya habría llegado a ser el cielo esperado"³.

En realidad, la historia del amor entre Harriet y Mill es singular, conmovedora y un tanto trágica.

Pero, ¿quién era Harriet Mill?

Harriet, nacida Hardy (hija de Thomas Hardy, cirujano y ginecólogo inglés), se casó en 1826, cuando tenía sólo dieciocho años. John Taylor, su primer marido, con quien tuvo tres hijos, era comerciante mayorista. Al decir de Carlyle, era "aburrido e inocentón". Al parecer, Harriet le profesaba respeto, algún afecto pero ningún amor. En su Autobiografía, Mill apunta sobre Harriet

¹ Profesor investigador, División de Ciencias Sociales, UAM-Iztapalapa.

² De este libro, Schumpeter señaló que "ocupa un lugar de honor no sólo porque el autor pertenece también a nuestra ciencia, no sólo porque los economistas tendemos a apelar a su obra mucho más que a cualquier otro tratado metodológico del período, sino también porque fue uno de los grandes libros del siglo, representativo de una de las principales componentes de su Zeitgeist y más influyente sobre el lector común que cualquier otro texto de lógica". Cf. Joseph A. Schumpeter, "Historia del análisis económico", pág. 507. Edic. Ariel, Barcelona, 1971.

³ Carlos Mellizo, "La vida privada de John Stuart Mill", pág. 166. La carta a Thornton en la pág. 160. Alianza Editorial, Madrid, 1995. Este libro entrega una breve e interesante antología (textos, cartas, testimonios pulcramente anotados) sobre la vida de Mill. Sobre este aspecto, es muy útil el excelente recuento de F. A. Hayek, "John Stuart Mill and Harriet Taylor, Their Correspondence and Subsequent Marriage", The University of Chicago Press, 1951

y su primer esposo: "casada en edad muy temprana con hombre de la máxima rectitud, noble y honorable, de ideas liberales y buena educación, pero sin los gustos intelectuales o artísticos que podrían haberle hecho el compañero idóneo para ella, fue, sin embargo, un amigo constante y afectuoso para quien ella tuvo verdadera estima y gran cariño a lo largo de la vida, y cuya muerte ella lamentó profundamente"⁴. La señora Taylor, de inquietante belleza, conoce a Mill en 1830 y, por lo que se sabe, entre ellos brota una pasión casi instantánea, un amor profundo en que la afinidad y admiración intelectuales juegan un rol primerísimo.

En la Inglaterra de la época el divorcio no existía. Pero la Taylor, sin dudas una personalidad muy fuerte, le cuenta sin tapujos de su amor por Mill a su esposo Taylor. Todo, desemboca en un peculiar "acuerdo": ella recibirá y viajará con Mill, continuando como esposa "oficial" de Taylor. Para algunos, se trataba de una relación puramente "platónica", pero el escándalo en una Inglaterra ya moralmente victoriana, por cierto fue mayúsculo. Taylor murió de cáncer en 1849 ("¡La tristeza y el horror de los actos cotidianos que realiza la Naturaleza sobrepasan un millón de veces los intentos de los poetas!"⁵ escribe la viuda en ese momento) y en 1851, Harriet Taylor se transformó en Harriet Mill. Pero el casamiento no les evitó las censuras. De hecho, Mill rompió relaciones prácticamente con toda su familia, madre y hermanas.

Aunque casados, la convivencia entre Harriet y John no fue plena (para algunos, ni siquiera se consumó sexualmente). La cada vez más pronunciada enfermedad de Harriet, la obligaba a largas estadias en el continente. Y algo similar sucedía con Mill, sin que siempre pudieran coincidir sus curas de reposo. En ello radica el drama: luego de veinte años con ensoñaciones de matrimonio,⁶ cuando éste llega la enfermedad de la tuberculosis carcome rápidamente a la pareja. Al respecto, buena parte de la correspondencia de los últimos años entre Mill y Harriet no es más que un doloroso recuento de toses crónicas, de sangrados, de fiebres, de agotamiento corporal, de visitas al galeno e inclusive - ¡oh, desesperación del condenado!- de pócimas y medicinas "milagrosas". Valga transcribir una pequeña muestra de esa desgarradora correspondencia: "espero, amor mío, que el que hayas escupido sangre sea, como en mi caso, de poca importancia y que no continúe sucediendo. Lo mío no ha vuelto a ocurrir. Sí tengo de vez en cuando un aumento de tos y dolores en el pecho, tantos y tan frecuentes, que he llegado a ignorarlos por completo. ¿Cuánta tos tienes tú, vida mía?"⁷.

En opinión de Mill, las capacidades intelectuales y la sensibilidad de Harriet eran inmensas. En ausencia de discriminaciones de género, Harriet podría haber sido "uno de los más inminentes líderes de la humanidad" (Autobiografía). Asimismo, nos dice que "impedida por la prohibición social que no permite a las mujeres realizar en el mundo las funciones adecuadas a sus altísimas facultades, fue la suya una vida de íntima meditación, sazónada con el trato familiar de un reducido círculo de amistades(...)" y agrega que "la pasión por la justicia podría haberse pensado que era su sentimiento más fuerte".⁸ Se ha dicho que hay mucho de mito (alimentado por el mismo Mill) en la influencia de la viuda de Taylor en la obra del inglés. Pero no hay dudas -descontando los panegíricos de Mill- que su influencia fue muy fuerte.

4 John Stuart Mill, "Autobiografía", pág. 183. Alianza Editorial, Madrid, 1986.

5 En Mellizo, ob.cit., pág. 104.

6 Precisemos. Se trata de la vida de pareja y no del matrimonio legal per-se. Ambos despreciaban bastante a la institución legal.

7 Citamos de Mellizo, ob.cit., pág. 129.

8 Ob. cit., págs. 183 y ss.

Harriet Taylor es precursora singular del movimiento feminista de nuestros días y de las "sufragistas" inglesas que la sucedieron ya hacia la última parte del siglo pasado.⁹ Lo cual, ya nos habla de una personalidad crítica, ajena a prejuicios y dispuesta a luchar contra lo estatuido. En su caso, por la misma fuerza de su talento y de la represión social que le toca sufrir, tiene que haber desarrollado una muy grande y especial sensibilidad a favor de los grupos sociales oprimidos, para percibir los mecanismos que los aplastan y reproducen el poder de los privilegios. Bien se sabe que el combate a un privilegio conduce, como mínimo, a detectar más fácilmente la presencia de los *otros* privilegios que con el primero coexisten, se articulan y refuerzan. En el caso que nos preocupa, nos puede bastar un simple y muy elemental enunciado: nada hay en la naturaleza humana (digamos en la condición genética) que haga de la mujer un ser sometido y subordinado. Si esto se da, se debe a las condiciones histórico-sociales que han venido prevaleciendo desde muy larga data. Pero si tales son los factores causales, ellos -por definición- pueden ser removidos y la sumisión no es una fatalidad.

Si lo indicado se aplica a las mujeres, ¿por qué no aplicar un criterio análogo al caso de la clase obrera? ¿Por qué aceptar concepciones como la denominada "ley de bronce" de los salarios obreros? ¿Por qué aceptar que el capitalismo será eterno y que la explotación y subordinación de la clase obrera son fenómenos análogos al de la ley newtoneana de la gravedad? Se trata, por cierto, de muy corrosivas interrogantes. Y con ellas, la señora Taylor tiene que haber urgido a Mill.

Además, cuando Mill conoce a Miss Taylor, viene atravesando -según propia confesión- por una crisis intelectual y moral muy profunda. Sus convicciones iniciales (muy asociadas a Bentham y a James Mill, su padre) se tambalean y comienza a caer en esa suerte de inanición existencial que provocan, inicialmente, las crisis personales que afectan a ciertas valoraciones básicas.

En este contexto (amén de sus lecturas de Comte, de Coleridge, de Saint Simon y otros socialistas utópicos), Harriet Taylor emerge como un oxígeno salvador y lo empuja hacia un liberalismo más radical y que prefigura lo que hoy se suele denominar perspectiva social-demócrata. Como apunta Roll, John Mill fue "el primer liberal distinguido con inclinaciones fabianas"¹⁰.

II

El capitalismo es capitalismo cuando se apodera de la producción industrial. Y esto tiene lugar de modo definitivo cuando emerge, en Inglaterra, la Revolución Industrial. Se trata de un período que, en términos muy gruesos, va desde el último cuarto del siglo 18 hasta casi la primera mitad del siglo 19. Después, obviamente sigue el auge de la producción maquinizada, pero ya se trata de una reproducción de algo que es básicamente similar. El corte cualitativo, con toda su dureza, tiene lugar en el período citado.

⁹ La hija de Harriet, Helen Taylor, fue fundadora e inicialmente activa dirigente del movimiento feminista y sufragista inglés. También fue quien acompañó a Mill en los últimos años de su vida, lo cuidó y ayudó en su obra literaria. A la muerte de Mill editó la "Autobiografía", su "Ensayo sobre el Socialismo" y otros textos.

¹⁰ Eric Roll, "Historia de las doctrinas económicas", pág. 329. FCE, México, 1994. Traducción de la Quinta edición inglesa, de 1992.

En la transición, encontramos un proceso doble. Por un lado, tenemos el avance desde la fase más primitiva e inicial del capitalismo, el de carácter manufacturero (manufacturero en el sentido que Marx le da al vocablo, como sistema de producción que preserva los instrumentos de producción artesanales y que multiplica la división del trabajo, siendo ésta su virtud productiva mayor) y/o asentado en la subordinación de la “industria a domicilio” (el “putting out system”), al capitalismo maquinizado, el que ya es propio de la revolución industrial. Por el otro lado, está el salto desde la pequeña producción mercantil simple al capitalismo, provocado por el diferencial de productividades que posibilita la incorporación de las máquinas al proceso productivo y la incapacidad del sistema artesanal para competir, en costos, con la nueva modalidad. El salto en la productividad puede quedar claro con un ejemplo. Si se contabilizan las horas que un operario necesita para elaborar 100 libras de algodón, se tiene: a) hilador manual indio (siglo 18) = 50,000 o más horas; b) Mule de Crompton (1780) = 2,000 horas; c) Hiladora continua de Arkwright (1780-1800) = 250-370 horas; d) Mule movida por energía no humana (hacia 1795) = 300 horas; e) Mule automática de Robert (hacia 1825) = 135 horas.¹¹

La transición fue brutalmente dura para la clase trabajadora y de ello se dispone de testimonios impresionantes. Están los documentos oficiales que vg. recogiera Marx¹² o las grandes novelas que, de uno u otro modo, recogen esa experiencia, los “Tiempos difíciles” y el “Oliver Twist” de Charles Dickens, el “Sybil” de Disraeli o el “Mary Barton” de Gaskell.

En el proceso, conviene distinguir dos aspectos. Uno, el de la pésima distribución del ingreso y las pésimas condiciones de vida que envuelven a la clase obrera. Dos, el violento cambio de la vida social y su impacto en la condición emotiva y en general psicológica del ser humano afectado.

Sobre lo primero, la más bien conservadora Edinburgh Review, hacia 1813 escribía: “jamás en toda la historia del mundo se había observado un fenómeno comparable al progreso de Gran Bretaña en el último siglo; nunca en ningún lugar hubo tal multiplicación de riqueza y de lujo; nunca las artes habían conocido tan admirables inventos; nunca la ciencia y la habilidad habían producido tanto; nunca el cultivo del suelo había progresado de tal modo; jamás el comercio se había extendido tanto. Y sin embargo, este mismo siglo ha visto cuadruplicar la cifra de indigentes en Gran Bretaña hasta alcanzar hoy un décimo de la población total; pese a las enormes sumas procedentes de los impuestos o de las donaciones privadas o dedicadas a la asistencia pública, y a pesar de los estragos de las guerras que han aniquilado multitudes, la tranquilidad del país está perpetuamente amenazada por las violencias de las masas hambrientas.”¹³ En suma, junto a una gran e inédita ampliación de la producción y la riqueza, una brutal acentuación de la miseria de las masas trabajadoras. La miseria, valga precisarlo, tiene que ver con: i) la peor distribución del ingreso (cae la parte que obtienen los asalariados) y de la riqueza (de los activos que se acumulan y concentran ampliamente en la pujante burguesía de la época, en tanto los asalariados –por definición- no poseen activos productivos); ii) el descenso *absoluto* que por largos períodos experimenta el salario real; iii) el descenso en las condiciones generales de vida (higiene, salud, vivienda, medioambiente, libertades civiles y políticas sustantivas, etc.) de la clase obrera. De los mencionados, sólo el punto ii) ha sido discutido. Pero

¹¹ Según S. Pollard, “La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970”; pág. 47. Universidad de Zaragoza, 1991.

¹² Cf. C. Marx, “El Capital”, Tomo I, en especial las Secciones IV y V.

¹³ Edinburgh Review (1913), citado por Francois Bedarida, “El socialismo en Gran Bretaña hasta 1848”; en J. Droz editor general, “Historia general del Socialismo”, Tomo I, pág. 352. Edit. Destino, Barcelona, 1984.

la evidencia señala que la pauperización absoluta sí funcionó durante un período no corto. Si nos apoyamos en Pollard y Crossley,¹⁴ tenemos que para el período 1760-1815, el de los comienzos de la industrialización, el descenso absoluto del salario real sería relativamente claro. Según Phelps Brown, del orden de un 21%. Y para el período 1815-1845, se sostiene que mientras el PIB crece en el orden de un 60%, el salario real per-cápita lo habría hecho en torno a sólo un 15%. Claramente, esto significa que cae la participación de los salarios en el ingreso nacional (se eleva la tasa de plusvalía), pero incluso estas cifras pueden resultar engañosas, pues no consideran: i) el fuerte deterioro que sufre la calidad de los alimentos en las nuevas ciudades (vienen desde más lejos y no hay sistemas de refrigeración); ii) la tremenda extensión que alcanza la adulteración de alimentos, bebidas y otros bienes; iii) desaparece la pequeña granja (“kitchen gardens”) de la casa familiar aldeana. Asimismo, ciertos bienes y servicios que en la aldea se obtenían a bajo o ningún costo: eliminación de aguas residuales, leña, funerales, cierta educación básica, etc. Los cuales, en las nuevas urbes resultan por lo común muy onerosas; iv) las pésimas condiciones ambientales y de higiene de las grandes ciudades, especialmente de los barrios obreros; v) el trabajo femenino fuera y distante del hogar colapsa a la economía familiar en rubros como preparación de alimentos, confección de vestuario y similares. En lo grueso, hay un indicador que funciona como síntesis y que es muy significativo: entre 1838 (primer año en que el dato se recoge) y 1900, la tasa de mortalidad infantil, a despecho del progreso en la medicina, prácticamente no se altera. A lo indicado, Pollard y Crossley añaden el problema emocional, el de inseguridad de vida. El cual, va íntimamente asociado a las nuevas condiciones económicas: i) junto a un 10% de pobres permanentes, estiman que en cada crisis llegaban a perder su empleo un tercio de la fuerza de trabajo; ii) la altísima rotación de lugares de trabajo (se pasaba muy rápido de una a otra fábrica) y de lugares de vida: hacia 1852, en las 62 mayores ciudades de Inglaterra y Gales, el 67% de la población era de inmigrantes; iii) el angustioso sentimiento de “falta de pertenencia”, de haber perdido el “viejo lar”, sus valores, costumbres y seguridades, para arribar a una sociedad hosca y agresiva. Como dicen los citados historiadores, durante este período la clase obrera vive como “socialmente huérfana”.

Después, comienza el ascenso en los niveles de vida de la clase obrera. Sin dudas, hay altibajos no menores, pero la tendencia de largo plazo ya es clara a favor de un salario real más elevado. Como sea, para el período que nos interesa, que es el de la vida de Mill, la situación apunta a un deterioro incluso absoluto en el nivel general de vida de la clase trabajadora.¹⁵

El segundo gran problema es el desarraigo y angustia que provoca la emergencia de la nueva economía. Son los temas de la soledad, la inseguridad de vida, el miedo a la agresión de los otros y las carencias de amor y cariño. En general, la falta de plenitud emocional. Diversos autores, como Godwin, Bray y otros, apuntaban con total verdad que el ser del hombre venía dado por el tipo de relaciones sociales que establecía con sus semejantes.¹⁶ Y que éstas podían ser de solidaridad o de competencia agresiva: el hombre, “amigo del hombre” o bien, “el hombre

¹⁴ Sydney Pollard y David W. Crossley, “The Wealth of Britain, 1085-1966”, Batsford, London, 1968. También es clave el texto de Ph. Deane y W.A. Cole, “British Economic Growth, 1688-1959: Trade and Structure”, Cambridge University Press, 1967.

¹⁵ A mediados del siglo XIX, “la situación de la clase obrera estaba haciéndose tan descaradamente inhumana que los liberales sensibles no podían aceptarla como justificable moralmente ni como inevitable económicamente.” Cf. C. B. Macpherson, “La democracia liberal y su época”, pag. 59. Alianza edit., Madrid, 1991.

¹⁶ “El hombre se nos presenta enteramente moldeado por el medio y las circunstancias; sus desdichas o su felicidad, sus virtudes o sus vicios, vienen determinados por las condiciones que le rodean. Todo depende, pues, de la organización social”. William Godwin, citado por Bedarida, en ob. cit., pág. 358.

lobo del hombre”. En que lo último, era lo propio del capitalismo. Como apuntara Carlyle, “nuestra vida, lejos de constituir un sostén mutuo, está hecha de hostilidad mutua, disfrazada bajo verdaderas leyes de guerra, bautizadas, entre otras, como libre competencia”.¹⁷

En este contexto, emerge una reacción que nos interesa recoger. Un segmento, pequeño pero influyente, de la clase alta, esboza un movimiento de rechazo y fuerte crítica al sistema capitalista. Sus portavoces más significativos fueron grandes escritores, poetas en especial. Aquí se inscriben nombres como Shelley, Coleridge, el Disraeli juvenil, Wordsworth, etc. Todos, en mayor o menor grado seguidores de William Godwin y de su muy famoso “Political Justice”. Disraeli, en su novela *Sybil*, nos habla de los dos mundo en que se divide la Inglaterra de su tiempo: “no existe en absoluto comunidad en Gran Bretaña (...) Nuestra reina (...) reina sobre dos naciones (...) Dos naciones entre las que no hay ni relación ni simpatía”.¹⁸ En una están los ricos y en la otra los pobres. Coleridge, señala que “el mecanismo de la riqueza nacional está fundado en la miseria, la mala salud y la desmoralización de los que deberían constituir la fuerza de la nación”.¹⁹ Valga también advertir: en este autor, al igual que en sus camaradas de grupo, se observa una fuerte afinidad con el romanticismo alemán, con el cual comparten sus críticas a la razón y a la idea del progreso histórico.²⁰ Tenemos, en consecuencia, una componente bastante reaccionaria en la crítica que le endilgan al capitalismo. De hecho, cuando denuncian la soledad y el egoísmo darwiniano que impone el sistema, desembocan en un llamado a la solidaridad humana que se traduce en una petición bastante llamativa: volver a la época medieval (grotescamente idealizada) y restaurar el espíritu cristiano. En realidad, lo que tenemos es mas bien una crítica de tipo aristocrático-feudal sobre el capitalismo, lo que Marx calificara como “socialismo feudal”. Recordemos su noción: “por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaba llamada a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa (...). Para crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada.” En este contexto, se dedica a “componer canciones satíricas contra su nuevo amo y a musitarle al oído profecías más o menos siniestras. Así es como nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas sobre el porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo.”²¹ En la novela de Disraeli, por ejemplo, una obrera que se supone apoya a los cartistas, sostiene que “si no puede ganar uno de los nuestros, prefiero los nobles a la clase media”. (Disraeli, *Sybil*). Por cierto, no hay que ser muy avezado para percibir que no es la obrera sino el mismo Disraeli el que aquí está hablando. El punto es además curioso: el padre de Mill, James Mill, siempre propiciaba la alianza de la burguesía (lo que en ese tiempo a veces se denominaba “clase media”) y la clase obrera contra la aristocracia. Es decir, un bloque demoburgués contra los adalides del antiguo orden.

Recordemos también: por la época ya surgían líderes obreros que reclamaban la independencia política de la clase y subrayaban su contradicción de base con la burguesía. Pero

¹⁷ T. Carlyle, “Pasado y presente”, citamos según Bedarida, ob. cit., pág. 418.

¹⁸ Citamos de Bedarida, ob. cit., pág. 354.

¹⁹ Coleridge, citado por Bedarida, ob. cit., pág. 414.

²⁰ Para un examen detallado ver José Valenzuela Feijóo, “Las ciencias sociales: sinrazón y filosofía romántica”, UAZ - Plaza y Valdés, México, 2004.

²¹ C. Marx y F. Engels, “Manifiesto Comunista”, en O.E., Tomo I, pág. 130. Edit. Progreso, Moscú, 1974.

este grupo crítico, más allá de su palabrería, nunca estuvo dispuesto a asumir prácticamente. las tareas políticas del caso. Siempre se asustaron con las luchas obreras y, al cabo, casi todos terminaron en posturas ultra-reaccionarias.

Con todo, sus críticas son impactantes y conmueven el *sentimiento* de algunos grupos sociales y personeros (como el mismo Mill) nada menores. El poeta Shelley, por ejemplo, escribió versos famosos y bastante subversivos:

“ ¿Por qué trabajar, oh Hijos de Inglaterra,
para los dueños que os oprimen?
(.....)
El grano que sembráis, otros lo aprovechan,
La riqueza que descubrís, otros la acaparan,
El vestido que tejéis, otros se lo ponen,
el arma que forjáis, otros la enarbolan.
¡Sembrad grano, pero no para el tirano;
buscad riquezas, pero no dejéis acumular al impostor!
¡Tejed vestidos, pero no para el ocioso!
¡Forjad esas armas, pero para vuestra defensa! ”²²

El impacto de estos escritores en la clase obrera fue mínimo. Cuando más, sólo llegaban a un pequeño segmento, el de sus dirigentes y grupos más avanzados. Pero sí tuvieron gran influencia en las capas medias de la época. Y admiración estética en las cumbres de la aristocracia inglesa. Para nuestros propósitos el punto a subrayar es que por la vía de la literatura, penetra en la conciencia social de la época (por lo menos en alguna parte de ella) el sentimiento de que no todo anda bien, que hay grupos y dramas humanos que nos deben preocupar y que bien podemos simpatizar (en vez de horrorizarnos y pedir represión) con las protestas y críticas contra el sistema.

III

Volvamos a Mill, a su trayectoria personal. Inicialmente, su postura filosófica general fue la del utilitarismo, la doctrina esgrimida por Bentham. En sus palabras, “el ‘principio de la utilidad’, entendido tal y como Bentham lo entendía, y aplicado tal y como él lo aplicaba a lo largo de estos tres volúmenes (Mill habla del Tratado de Legislación; J.V.F.) encajaba perfectamente como piedra angular que unía todos los elementos fragmentados de mis pensamientos y creencias. *Daba unidad a mis ideas de las cosas.*”²³ Asimismo, como meta de vida maneja la de “ser un reformador del mundo”. En este sentido y tiempo, todavía es una perfecta hechura de su padre, James Mill. Pero todos sabemos de la educación que éste le impuso y sus consecuencias emocionales: Mill señala que nunca recibió ternura de su padre y que, en reciprocidad, nunca él llegó a amarlo.²⁴ Nos habla de “erosión de los sentimientos” y de “un

²² Percy B. Shelley, “No despertéis a la serpiente”, antología bilingüe; Hiperión, Madrid, 1994. Siendo muy mala la que viene en el texto, en este caso la traducción corre por nuestra cuenta.

²³ J.S. Mill, “Autobiografía”, pág. 86. Alianza edit., Madrid, 1986. Traducción de Mellizo.

²⁴ En “Tiempos difíciles”, la novela de Dickens, uno de sus personajes centrales, Tomás Gradgrind, educa a sus hijos

gusano incansable que destruye la raíz de las pasiones y las virtudes”.²⁵ Hacia 1826-27, cae en una crisis personal mayor: se deprime largamente y siente que la vida hasta ahora llevada no lo satisface. Se siente vacío y percibe que no todo es analizar, que también es bueno amar y apasionarse: “el cultivo de los sentimientos se convirtió en uno de los puntos cardinales de mi credo ético y filosófico”.²⁶ En este nuevo clima, podemos subrayar: i) toma alguna distancia del utilitarismo de Bentham; ii) se abre, con alguna simpatía, al grupo de Coleridge, Wordsworth et al, el de la “pantisocracia”; iii) asimismo, inicia o renueva sus lecturas de textos sansimonianos. Son cambios que perfilan una evolución intelectual no demasiado brusca, a los cuales su noviazgo con la Sra. Taylor parece haber contribuido bastante.

En un espacio corto no podemos examinar todas esas influencias ni los múltiples matices y aristas que involucran. Por ello, nos limitaremos a sólo algunos puntos. Y esto, más que en términos de un análisis minucioso y sistemático aquí imposible, sólo como mención que busca llamar la atención sobre lo importante,

En cuanto a Bentham, recordemos que éste viene a traducir doctrinariamente lo que es la lógica del comportamiento burgués, maximizador de las ganancias capitalistas. Con alguna brusquedad y franqueza tosca, Bentham declara que “todo conjunto de hombres está regido totalmente por el concepto de lo que es su interés, en el más estricto y egoísta sentido del vocablo interés; nunca por consideración alguna al interés del pueblo.” Asimismo, nos dice que “únicamente por un sentido de interés, por la eventual expectativa de placer o dolor, es como puede ser influida la conducta humana en cualquier caso.”²⁷ También se sostiene que tal conducta debe ser racional (entendida como adecuación de fines a medios) y calculable, con lo que ya se prefigura el núcleo del ulterior desarrollo de la teoría económica neoclásica. En ocasiones, se ha pretendido que la utilidad o interés debe entenderse en un sentido muy amplio, como equivalente a motivación. Con lo cual, amen de universalizarse, la hipótesis puede ganar elegancia y evitar su connotación vergonzante, pero a la vez se convierte en una tautología sonsa: si los humanos actúan así, es porque lo creen útil, conveniente para ellos. Por ejemplo, si van a la guerra para morir, es por que esa muerte les resulta satisfactoria: les da honor, fama, etc. De fondo, se nos dice que siempre hay una razón (i.e. causa) para las conductas humanas, cualesquiera que ellas sean. Hipótesis que, así planteada, no parece exigir muchas neuronas. En realidad, el valor que se le puede asignar a la hipótesis restringida, es justamente por lo que es materia de escándalo para la conciencia filisteo: ella delinea bastante bien, lo que es la lógica que impone el mercado capitalista a los agentes que en el se despliegan. En suma, hay una moral burguesa y ésta radica en el código que rige la valorización del capital: es bueno para el ser humano lo que es bueno para el capital. Y como suele suceder, en vez de reclamarle a la realidad, se le reclama a la teoría por recoger lo que esa realidad es.

En todo caso, aparte del escándalo filisteo, se puede discernir otra crítica: la que aceptando que el principio benthamita recoge con objetividad la moral capitalista, señala la

con un patrón (más allá de la caricatura) bastante parecido al que recibiera Mill. En esta novela, amen de destacar su reivindicación de los sentimientos, se encuentran críticas brutales a la Economía Política, a la que se presenta como una disciplina propia de desalmados. A primera vista, la vida privada de Mill pudiera creerse que fue muy insípida. Y algo de eso hay. Pero más allá de las apariencias ha resultado, a veces, un verdadero festín para los psicoanalistas y para los “chismosos”. Ver, entre otros, Peter Glassman, “J. S. Mill. The Evolution of a Genius”, University of Florida Press, 1985.

²⁵ Ibidem, pág. 145.

²⁶ Ibidem, pág. 150.

²⁷ J. Bentham, “Escritos económicos”, págs. 10 y 5. FCE, México, 1978.

posibilidad de otras conductas posibles y, por ende, de otros códigos morales. Lo cual, a su vez, supone la presencia de *otros sistema sociales*, no capitalistas. En este sentido, las críticas a Bentham, como regla van emparentadas a cierta crítica del orden capitalista o, por lo menos, a un llamado de atención: no toda relación humana, necesaria u obligadamente, debe responder a tal patrón. Es lo que hacen con cierta fuerza el grupo de Coleridge (visión aristocrática), Samuel Godwin (“comunismo anarquista”) y el mismo Mill, éste con algún recaudo o timidez,

En la crítica de Mill, llama la atención un punto: sigue considerando como racional la conducta que sanciona moralmente Bentham. Y en vez de atacarla para sustituirla de cuajo, lo que hace es agregarle otras conductas o aspectos. Es decir, *abre posibilidades*, pero las suele localizar por fuera de la actividad económica. Por lo menos en un primer momento.

Escuchemos a Mill: “toda acción humana tiene tres aspectos: su aspecto *moral*, que se refiere a su *bondad o maldad*; su aspecto *estético*, que se refiere a su *belleza*; su aspecto *simpático*, que se refiere a sus calidades *amables*. El primero apela de suyo a nuestra razón y conciencia; el segundo, a nuestra imaginación; el tercero, a nuestro sentimiento humanitario hacia el prójimo.”²⁸ Agrega Mill: “el sentimentalismo consiste en poner los dos últimos por encima del primero; el error de los moralistas en general, y de Bentham, es el de suprimir por completo los dos últimos.”²⁹ Con su estilo usual, Mill trata de armonizar lo contradictorio: no percibe que el denominado “aspecto moral” es una forma “totalitaria”. Es decir, que subordina - a partir de una apreciación de raíz económica- las consideraciones de orden estético y sentimental. En otras palabras, el arte y los sentimientos se *mercantilizan* y se *subordinan* a la lógica general (que es la lógica del valor de cambio y de la valorización del capital) del sistema.³⁰ Como sea, lo que nos interesa subrayar no es la incoherencia del argumento sino su afán latente: *rescatar la posibilidad de conductas ajenas a la lógica del capital*.

En tal contexto, es fácil entender el acercamiento de Mill a gente como Wordsworth, Shelley, Carlyle, Coleridge y *cía*. Se trata de un acercamiento muy *relativo*, probablemente influido por la sra. Taylor.³¹ El cotejo para nada es fácil pues se trata de un “grupo” bastante heterogéneo, internamente contradictorio y sujeto a volteretas políticas no menores (casos de Carlyle, Disraeli, etc.). En el plano filosófico se habla de “idealismo inglés” y su trayectoria resulta bastante similar a la de sus congéneres alemanes.³² En un primer momento se entusiasman con la Revolución Francesa y al poco andar se asustan con sus consecuencias hasta

²⁸ J.S. Mill, “Bentham”, pág. 85. Edit. Tecnos, Madrid, 1993.

²⁹ *Ibidem*, pág. 86.

³⁰ Por lo demás, cuando el sistema se expande y consolida, es porque también penetra el alma misma de sus actores. En este sentido, el artista que no refleja esta interioridad, socialmente determinada, queda fuera de foco o marginado. Es decir, no responde como “alimento espiritual”. Algo que va más allá del mucho o poco dinero que pueda recibir. Por cierto, un artista que no vende difícilmente puede subsistir, ya no como artista sino simplemente como ser humano. Pero no es lo mismo “vender” que “venderse”. El artista auténtico “vende” porque su sentimiento “embona” con el espíritu de la época, no porque trabaje mecánicamente a pedido. Pero adviértase: si no embona, desaparece.

³¹ Según Mill, la Sra. Taylor lo impulsa a desarrollar su cultura poética, el “gusto por la pintura y escultura y a leer con entusiasmo a sus poetas favoritos, en especial a Shelley”. En borrador inicial de su Autobiografía, citado en Hayek, *ob. cit.*, pág. 42.

³² En Inglaterra, “el idealismo fue considerado como una perspectiva religiosa opuesta al positivismo y a la tendencia general del empirismo a prescindir de los problemas religiosos o, en el mejor de los casos, a admitir un agnosticismo un poco vago. En efecto, gran parte de la popularidad del idealismo se debió a la convicción de que se mantenía firmemente al lado de la religión.” Cf. F. Copleston, “Historia de la filosofía”, vol. 8 (de Bentham a Russell); pág. 152. Edic. Ariel, Barcelona, 2000.

caer en posiciones ultra-reaccionarias. Marx hablaba de “socialismo feudal” apuntando al tipo de crítica que esgrimían contra el capitalismo, pero esto sólo vale para un primer momento. Al cabo, desembocan en el conservadurismo e irracionalismo más pleno.³³

En estos autores, el calificativo de grupo pudiera resultar complicado y quizá sería mejor hablar de “atmósfera”. Aunque esto resulta muy vago. El problema, lo podemos resolver identificando algunos nudos temáticos, dejando claro que tal o cual autor pudo tener una concepción diferente o haberla cambiado bastante a lo largo de su vida.

- 1) *Crítica romántica al capitalismo*. Como ya se dijo, la crítica se hace con una perspectiva feudalizante. Con todo, en algunos aspectos es muy aguda y a Mill lo pudo sensibilizar sobre el costo humano del capitalismo, pero nada más. En cuanto al feudalismo, mantuvo su rechazo.
- 2) *Crítica a la razón y a la idea del progreso histórico*. También aquí, el rechazo de Mill es prácticamente total. A lo más, acepta que la vida también conlleva una componente emocional que es muy importante. En cuanto al progreso histórico, tendió a preservar esta visión, aunque con algunas interrogantes no menores. Amen de que con su teoría del estado estacionario entra en contradicción con la visión ilustrada.
- 3) *Anti-atomicismo y sensibilidad a los procesos históricos*. Inicialmente, el atomicismo de Mill fue extremo. Luego, en sus últimos trabajos tal enfoque parece atemperado. Asimismo, se observa alguna mayor conciencia en torno a las mutaciones históricas y su impacto en los modos de la vida social. En las posturas del grupo comentado, se maneja una visión organicista (rechazan el mecanicismo y el atomicismo) y una gran afición a la historia. Por lo mismo, podemos suponer que algún efecto tuvieron sobre la perspectiva de Mill.
- 4) *Rechazo de la Economía Política*. El ataque romántico al enfoque de Smith-Ricardo es acerbo. Hablan de una ciencia lóbrega, triste, inhumana, etc. Se trata de una opinión bastante extendida y Sismondi, que es continental y ajeno al grupo inglés, apunta la opinión común de los críticos: “los escritores de Economía Política han olvidado muy a menudo que tratan con hombres y no con máquinas.”³⁴ En la crítica, conviene distinguir tres aspectos: a) el que la acusa de inhumana; b) el que rechaza la existencia de leyes en la vida económica y social; c) el que rechaza la teoría (o “paradigma”) de los clásicos, de Ricardo y cía.

El punto a) es por cierto inaceptable: la teoría debe recoger lo real tal cual, sea o no inhumano. El enojo, en todo caso, debería apuntar a lo real y no a la teoría. El punto b) hoy puede causar hasta risa, pero en ese tiempo era una opinión con cierta fuerza, especialmente en la Europa continental. Claro está, Mill no podía aceptar semejante postura, como que incluso elaboró un muy famoso texto de economía. En la crítica, si somos benevolentes, podríamos buscar una versión débil: sí hay leyes pero éstas tienen una validez históricamente delimitada, no son universales. Algo, por lo demás, muy razonable, aunque Mill lo aceptó a medias: no para la producción, sí para la distribución. En este contexto, la crítica también insiste: extraer las leyes de la realidad histórica y no de aprioris tales o cuales. El problema que aquí ha surgido es doble: se olvida la fase deductiva, capital en todo sistema teórico serio. Y peor aún, el alegato

³³ Coleridge se apoya ampliamente en Schelling (incluso es acusado de plagio del alemán) y en Jacobi. Esto es, en lo peor y más abyecto del irracionalismo.

³⁴ Sismondi, citado por W. Stark, “Historia de la economía en su relación con el desarrollo social”, pág. 75; FCE, México, 1961.

desemboca en descripciones históricas que resultan ayunas de toda teoría. Es decir, sin leyes. Una discusión muy famosa que viniera después, entre neoclásicos originales (Karl Menger) y representantes de la escuela histórica alemana, la del “methodenstreit”, dejó muy en claro la impotencia de semejantes críticas.

En cuanto al punto c), digamos que en la época se desarrolló un manejo muy interesado y apologético de la teoría económica (la de Smith y Ricardo), el que recuerda bastante al que hoy manejan los ideólogos neoliberales. Por decirlo de alguna manera, se intenta imponer un “pensamiento único” y se esgrimen algunas ideas que conviene recoger. Uno: se habla de leyes económicas ineluctables o “naturales”: oponerse a ellas es como oponerse a la ley de la gravedad; dos: si hay grupos sociales, como los obreros, que al verse perjudicados por el funcionamiento objetivo que recogen esas leyes, pretenden medidas que las contradigan, se señala que no sólo fracasarán en el intento sino que se verán aún más perjudicados. Algo bastante similar a lo que hoy se plantea cuando se habla, con tono místico, de los “sagrados equilibrios macroeconómicos”. La finalidad subyacente es clara: sembrar una sensación de impotencia ante el carácter que van asumiendo los procesos económicos. Tres: el orden económico burgués, amén de ser el mejor, no se puede trascender. Es cuasi eterno y si antes de él pudo haber existido la historia, a partir de su emergencia y consolidación deja de existir. Un economista alemán, discípulo de los clásicos, sintetiza muy bien la ideología dominante: “la economía política es una ciencia que pone de relieve las inmutables leyes naturales sobre las que descansa la vida económica de los pueblos. Estas leyes naturales se basan en la naturaleza íntima de los hombres y las cosas, y son tan eternas e invariables, como las leyes físicas del universo.”³⁵

Ya hemos mencionado la terrible dureza de la condición obrera en la época. Luego, si esto lo conjugamos con el declarado carácter ineluctable de las leyes económicas, se comprende el calificativo de “ciencia triste” que se le cuelga a la teoría económica.

En un marco como el mencionado, una eventual perspectiva crítica se enfrenta a las siguientes opciones: 1) probar que esas “leyes” no reflejan la realidad objetiva y que, además, no existe ninguna otra que pueda impedir lograr lo que se busca, como pudiera ser un aumento salarial. Por ejemplo, muchas décadas después Keynes criticó con rigor la teoría neoclásica de los salarios y sostuvo que un aumento salarial lejos de generar desempleo podría contribuir a elevarlo; 2) Supongamos que las leyes de marras sí son válidas y el eventual aumento salarial no es factible (o de serlo, precipitaría consecuencias más dañinas). Para los perjudicados, la opción es clara: si pueden, deben proceder a cambiar el sistema. O sea, si se acepta (1) (las leyes clásicas son falsas), se rechaza (2). O bien, si (1) se acepta (las leyes clásicas son verdaderas), entonces se debe asumir (2).³⁶ Como sea, en uno u otro caso se debe manejar una *buena teoría*, un conocimiento adecuado de la realidad existente. El problema de la crítica romántica es que disgustada con la realidad, también rechaza a la teoría económica clásica, pero en su reemplazo nada propone. Es decir, nos deja sin teoría, ciegos frente a lo real y, por lo mismo, impotentes para transformarlo.

Que Mill aceptara las posturas retrógradas de un Coleridge o Carlyle, puede parecer imposible: habría implicado hasta una debacle moral para nuestro autor. ¿Rechazar el valor de la razón y de la indagación empírica? ¿Rechazar la ciencia y ponerse capuchas clericales? ¿Abandonar y sepultar la teoría económica y la misma posibilidad de entender científicamente

³⁵ Karl Arnd, citado en W. Stark, ob. cit., pág. 101.

³⁶ Es lo que en términos gruesos hicieron los economistas ahora conocidos como “socialistas ricardianos (Gray, Hodskin, etc.).

los fenómenos humanos? Basta señalar estas interrogantes para percibir el tamaño del renunciamiento. Uno podría decir que Mill no dio ese paso y que, a lo más, se sirvió de esas posturas para advertir las insuficiencias u olvidos de su inicial utilitarismo benthamiano. En lo más grueso, así fueron las cosas, pero igual no debemos olvidar las vacilaciones y/o conciliaciones de nuestro autor. En su texto sobre Coleridge, por ejemplo, se encuentran afirmaciones que suenan hasta grotescas. De Bentham y Coleridge, sostiene que, “en realidad son aliados”,³⁷ que al final de cuentas los resultados de su obra “no son hostiles sino suplementarios”,³⁸ que “uno muestra lo que el otro olvida y viceversa”,³⁹ y que lo mejor para la filosofía inglesa sería combinar ambas perspectivas.⁴⁰

En forma póstuma, en 1874, apareció un texto de Mill, “Tres ensayos sobre la religión”. Acepta, con baja probabilidad, que algún Dios sea posible y avanza a considerar que la religión pudiera tener alguna utilidad. Se trata de concesiones que no hacía su padre y que nos hablan de una evolución lamentable. Con su afán de conciliar (“un poco de aquí, otro poco de allá”, etc.) amen de deslizarse a posiciones conservadoras, terminaba por romper la unidad lógica que exige todo discurso científico. La teoría económica de Mill también se ve muy afectada por éste, su proverbial sincretismo. Por ejemplo, cuando examina las ganancias del capital, habla de la “abstinencia en el consumo”, para luego, sin el menor rubor, retomar la teoría de la explotación de los grandes clásicos.⁴¹

Bien podríamos decir: ¡Pobre Mill, trató de preservar su postura liberal y, a la vez, absorber a los socialistas y al romanticismo reaccionario de Coleridge y cía.! Ser tan amplio lo pudo transformar en una gelatina sin cuajar, una pura baba sin identidad.

IV

Con Harriet Taylor sucede algo curioso: la conocemos más por lo que de ella cuenta Mill que por obra y actividad propias. Su obra escrita publicada es mínima y en cuanto a actividades sociales no se sabe de participaciones especialmente destacadas. Tampoco hay testimonios

³⁷ J. S. Mill, “Coleridge”; en J.S. Mill y J. Bentham, “Utilitarianism and Other Essays”, pág. 206. Penguin, 2004.

³⁸ Ibidem, pág. 179.

³⁹ Ibidem, pág. 178.

⁴⁰ Que en Coleridge, así como en sus preceptores alemanes, se puedan encontrar reclamos justos, es algo que pocos pueden negar. Por ejemplo, en su rechazo al modo ahistórico con que los ilustrados suelen abordar a la misma historia. Decir que la Edad Media estaba dominada por los curas y las supersticiones más aberrantes, es muy cierto. Que la razón y la evidencia empírica no eran respetadas, también lo es. Pero más allá de estos juicios hay que entender el *por qué* de tales fenómenos, algo que al común de los ilustrados se les solía escapar. ¡Pero atención! ¡También se le escapaba a gentes como Coleridge et al! Por cierto, la melancolía por el pasado y su embellecimiento febril, inclusive el destacar algunas de sus eventuales virtudes, para nada equivale a entenderlo. Así como entenderlo no equivale a amarlo (bueno sería que para entender el nazismo el sociólogo o historiador debiera ser admirador de Hitler). El irracionalismo romántico cree que conmovirse es entender y que se puede entender al margen de la razón y el pensamiento. Una contundente prueba de esto lo encontramos en la misma crítica romántica al capitalismo. Que en ella se señalan muchas de las lacras del capital es muy cierto. Pero que a partir de esta crítica proclamen la necesidad de volver al medioevo, nos muestra cuán poco se entiende de la historia y de las leyes objetivas que regulan su desarrollo. Como bien se ha dicho, las penas del adulto no se resuelven volviendo al útero materno.

⁴¹ Ver J. S. Mill, “Principios de Economía Política”, Libro II, cap. 14. FCE, México, 1978.

abundantes sobre su vida e ideas (salvo, claro está, los de Mill).⁴²

Los juicios de John Mill sobre Harriet son panegíricos de marca mayor. Vayan dos ejemplos: a) “era tan elevado el nivel general de sus facultades, que la más sublime poesía, filosofía, oratoria o arte parecían triviales a su lado y aptos sólo para expresar una pequeña parte de su espíritu”; b) “si la humanidad continúa progresando, su historia espiritual durante los próximos años consistirá en un progresivo llevar a cabo sus pensamientos y en la realización de sus concepciones.”⁴³

La exageración es hasta burda. Pero de aquí no se debería pasar al extremo opuesto y sostener que fue una total nulidad.

Se sabe que Miss Mill frecuentaba los círculos del llamado “utilitarismo unitario” y que admiraba a Coleridge, Wordsworth y su círculo. En este espacio tiene que haber recibido alguna influencia de Godwin y de su esposa, Mary Wollstonecraft, mujer extraordinaria y gran pionera del feminismo.⁴⁴ De paso, recordemos que en las doctrinas de Godwin y de otros radicales de la época, la denuncia de la explotación de los trabajadores va asociada a otra, a la cual se le concede una importancia no menor: la discriminación y explotación del sexo femenino. En la Sra. Taylor, estos dos ejes están presentes. En el primero, al parecer, apuntando más a un cambio en la esfera de la distribución. En lo segundo, con una óptica bastante más radical. Según Mill, “la pasión por la justicia (...) era su sentimiento más fuerte”.⁴⁵ Asimismo, apunta sobre el propósito político último que compartían: “considerábamos que el problema social del futuro sería cómo unir la mayor libertad de acción, con la propiedad común de todas las materias primas del globo, y una igual participación en todos los beneficios producidos por el trabajo conjunto.”

Como aporte propio conocido, su alegato contra la esclavitud de la mujer resulta bastante agudo. En el texto, amén de consideraciones sociológicas sólidas, destaca la finura de su análisis psicológico. En lo que sigue, tratamos de ordenar y sintetizar sus planteamientos.

Se parte de una situación a superar: la de la opresión que sufre la mujer: “a la mujer se la educa para un único objeto: ganarse la vida casándose (...). Casarse es el objetivo de su existencia, y cuando lo han conseguido dejan de existir por lo que respecta a cualquier cosa digna de ser llamada vida o cualquier finalidad provechosa.” También señala que no se trata de mitigar los efectos más dañinos sino de suprimir de cuajo tal sumisión. El fenómeno es social, pero además suele estar legalmente (i.e. jurídicamente) sancionado. Por lo mismo, el afán de superarlo implica una lucha social, política y legal. El criterio general de la Taylor es: “en todas las cuestiones hay que inclinarse del lado de la igualdad, si no hay nada que demuestre lo contrario. Hay que dar razones para permitir algo a una persona y prohibírselo a otra.”⁴⁶

En este camino surgen diversos obstáculos.

El primero se refiere al peso e inercia de las costumbres. Harriet es muy clara al respecto: el culto a la costumbre debe rechazarse. No por viejo algo es bueno. Si lo es o no es algo que debe justificarse en términos racionales.

En segundo lugar, está la actitud de los mismos varones, los que tienden a defender su

⁴² En Hayek, ob. cit., se encuentra una antología bastante completa de textos y correspondencia.

⁴³ J. S. Mill y Harriet Taylor Mill, “Ensayos sobre la igualdad de los sexos”, págs. 114 y 115. A. Machado Libros, Madrid, 2000.

⁴⁴ Mary Wollstonecraft publicó en 1792 “Vindication of the Rights of Women”. Sobre ella y su entorno ver Henry N. Brailsford, “Shelley, Godwin y su círculo”, FCE, México, 1986.

⁴⁵ Cf. “Autobiografía”, pág. 185. Edic. cit.

⁴⁶ Harriet Taylor, en “Ensayo sobre la desigualdad de los sexos”, págs. 109 y 120. Edic. citada.

poder. Alega contra los radicales: “el cartista que niega el sufragio a las mujeres (...) es uno de esos partidarios de abolir las desigualdades sociales que no quieren abolir mas que las diferencias entre ellos y las clases superiores a ellos.”⁴⁷ También apunta que antes el mundo creía que “la suprema virtud de los súbditos era la lealtad a los reyes” y hoy “todavía está persuadido de que la suprema virtud del sexo femenino es la lealtad a los hombres”.⁴⁸ También apunta que “para los que tienen el poder, cualquier queja contra su abuso, por virulenta que sea, es un acto de insubordinación menos escandaloso que protestar contra el poder mismo.”⁴⁹

En tercer lugar están los problemas que surgen desde la propia condición femenina: “a la mujer se le inculca la sumisión desde la niñez, como el atractivo y gracia peculiares de su carácter. (...). El hábito de la sumisión vuelve servil al espíritu, tanto del hombre como de la mujer (...). La costumbre hace que los seres humanos se vuelvan insensibles a cualquier clase de degradación, al debilitar la parte de su naturaleza que se opondría a ella.”⁵⁰

Cómo avanzar en esta lucha no es algo que discuta mucho. En todo caso, indica que no es por la vía del sentimentalismo sino de la razón, así como la necesidad de sospechar de lideresas alabadas por los que tienen el poder: los hombres. Lo que sí aclara más son los términos que debe asumir una liberación efectiva del sexo femenino. Primero, tenemos los objetivos político-jurídicos: se trata de abolir todos los obstáculos legales y políticos que afectan a la mujer. Derecho al sufragio universal, a ser elegida, a la herencia, a ser sujeto legal, a no ser discriminada, etc. También se trata de suprimir el matrimonio, por lo menos en su actual forma legal. Segundo, instaurar una cultura de igualdad entre los sexos. Tercero y más importante, romper lo que podemos entender como *base material* de la opresión femenina: su dependencia económica y sujeción a las tareas domésticas. El reclamo de la Taylor es firme: la mujer debe trabajar y ser bien remunerada. Según escribe, “es infinitamente preferible que parte de los ingresos los gane la mujer, aunque con ello aumente poco el conjunto de la suma, a que se vea obligada a quedar marginada a fin de que los hombres sean los únicos que ganen dinero, pero también los únicos administradores de lo ganado ... Incluso bajo las actuales leyes referentes a la propiedad de la mujer, una mujer que contribuye materialmente al sustento de la familia, no puede ser tratada con el mismo desprecio y tiranía de la que, aunque pueda trabajar duramente como una criada doméstica, depende de un hombre en cuanto a su subsistencia.”⁵¹ En general, el planteo es muy agudo y valga agregar: bastante más radical en cuanto a la liberación femenina que en cuanto a la liberación de los trabajadores.

V

En materias de teoría económica, la influencia en Mill de la Sra. Taylor también fue importante. Según nos advierte, a ella le debe el diferente estatuto que le asigna a las leyes de la producción y de la distribución. Veamos este punto.

Un rasgo muy usual en los economistas clásicos (y que en los neoclásicos se acentúa)

⁴⁷ Ibidem, pág. 119.

⁴⁸ Ibidem, pág. 131.

⁴⁹ Ibidem, pág. 142.

⁵⁰ Ibidem, págs. 141-2.

⁵¹ Ibidem, pág. 128.

es el ahistoricismo de los conceptos e hipótesis que manejan. A tales autores, eso de las "abstracciones históricamente delimitadas", tan caras al marxismo, les resulta mas bien ajeno. En Mill, no obstante, se observa un matiz.

Nuestro autor distingue dos tipos de leyes: a) las de la producción, que supone eternas y las asimila a las leyes de la naturaleza; b) las de la distribución, que serían históricamente condicionadas. En una carta a Comte, por ejemplo, señala que "cuidaré de separar las leyes generales de la producción, que son por necesidad comunes a todas las sociedades, de los principios de la distribución y el cambio de la riqueza, que presuponen por necesidad un estado particular de la sociedad, sin que ello implique que este estado deba, o incluso pueda, persistir indefinidamente"⁵². En la Autobiografía, se refiere a la necesidad de diferenciar "las leyes de la producción de la riqueza que son en realidad verdaderas leyes naturales que dependen de las propiedades de los objetos, y los modos de distribución de esa riqueza, los cuales están sujetos a ciertas condiciones y dependen de la voluntad de los hombres"⁵³. Asimismo, Mill apunta que "siento que en parte estas opiniones se despertaron en mí como resultado de las especulaciones de los sansimonianos; pero si las convertí en principio viviente que penetra y anima todo el libro fue a instancias de mi esposa"⁵⁴.

En este contexto, podemos ver cómo se perfila la postura de Mill en favor de la reforma social. O, como a él le gustaba decir, en pro de "la mejora de la humanidad".

Un primer punto se refiere a algo no menor. Hacia el final de su vida, llega a aceptar la posibilidad del socialismo. No obstante, muy rápidamente se cuida en agregar que: i) ese socialismo, *hoy* no es posible. Para él, las condiciones no están -para decirlo con un lenguaje político que le era ajeno- aún maduras; ii) más aún, ese tiempo está "mucho muy" distante. Al decir de Ashley, lo remite para las "calendas griegas". En una carta al sansimoniano Gustavo D'Eichthal, Mill señala que el socialismo será, "verosímilmente, la condición final y permanente de la raza humana. Discrepo de ustedes fundamentalmente en que pienso que tomará muchas épocas o, por lo menos algunas, llevar a la Humanidad al estado a que es capaz de llegar"⁵⁵. En el mismo texto, Mill señala que durante este largo período intermedio, el avance hacia la posibilidad del socialismo, deberá ser por la vía de "cambios graduales".

Ahora bien, si la posibilidad del socialismo se descarta para cualesquier efecto práctico, puede advertirse que a los trabajadores se los deja en una situación sin salida. Ello, a menos de que se sostenga que, en el seno del capitalismo, pueden aspirar a resolver una parte sustantiva de sus aspiraciones. Y este paso, efectivamente es dado por Mill.

Esto nos lleva a recoger un segundo juego de consideraciones. Para Mill, en la medida que el capitalismo se va desarrollando (y que, por ende, también van madurando -por cierto muy lentamente- las condiciones para el advenimiento del "socialismo") se puede constatar que: i) en el capitalismo, las condiciones de vida de la clase obrera sí pueden mejorar. Es decir, nada hay en la naturaleza misma del sistema que impida que este suceso pueda tener lugar; ii) por lo menos en los países más adelantados, como Inglaterra, ese nivel de vida efectivamente ha experimentado alguna mejoría; iii) esa mejoría, se puede y se debe acentuar. Para el mismo sistema capitalista, ello sería saludable.

52 J. S. Mill, carta a Augusto Comte, 3/4/1844. Citado por W. J. Ashley, Prólogo a Mill, "Principios de Economía Política", FCE, México, 1978.

53 J. S. Mill, Autobiografía, pág. 236. Edic. cit.

54 *Ibidem*, pág. 237.

55 Ver John Stuart Mill, "Capítulos sobre el Socialismo y otros escritos", pág. 8. Ediciones Gernika, México, 1992.

Tercero: en el plano teórico más concreto (ya vimos que en el plano más genérico y abstracto, al hablar del carácter modificable de las variables de distribución, Mill le abre el paso a sus propuestas) nuestro autor procede a efectuar los ajustes que tornen coherentes y viables sus posturas políticas. Señaladamente, sostiene: i) la "ley de bronce de los salarios", que había aceptado en las primeras ediciones de los Principios de Economía, termina por ser declarada falsa; ii) pasa a sostener que los sindicatos sí pueden favorecer la mejoría de los salarios obreros (algo que, al igual que hoy por los neoclásicos, era rechazado por la economía teórica de su tiempo).

Cuarto: si el socialismo se visualiza como algo que en un horizonte histórico razonable resulta imposible y, al mismo tiempo se sostiene que en el capitalismo el obrero puede mejorar sustancialmente su nivel de vida, resulta evidente que Mill está llamando a concentrar el esfuerzo y la lucha social de los de abajo *al interior del sistema*. Es decir, no hay un afán real por *trascenderlo*. En breve, se trata de: i) respetar las bases o fundamentos del sistema capitalista: ii) mejorar la distribución del ingreso o, en términos más generales, se trata de mejorar la situación de la clase trabajadora al interior del sistema. O sea, un programa de reforma capitalista.

Para el caso, no deberíamos olvidar que hacia mediados del siglo y con mayor razón hacia 1870 (el año de la Comuna de París) la fuerza del movimiento obrero era cada vez mayor. Asimismo, la radicalidad de su lucha y la creciente penetración del socialismo marxista -en desmedro de las variantes utópicas, anarquistas y reformistas- eran también cada vez mayores. Frente a ello, como suele casi siempre suceder, se abrían dos grandes líneas de acción como respuesta por parte de la clase en el poder. Una, la que se ensayó con la Comuna y que era la de la represión abierta de la insurgencia obrera. La otra, probablemente más inteligente y en todo caso más en consonancia con los grandes principios progresistas de la burguesía originaria, era la ruta de la reforma. Y en ella, sin dudas, se embarcaron los esposos Mill con singular fuerza.

Que por esta vía pudieran haber llegado a una postura ya definitivamente socialista, es por cierto una posibilidad. Por lo menos en abstracto. Que para los esposos Mill hubiera sido una posibilidad concreta y real, es algo más que dudoso.

VI

La relación de Mill con la clase obrera es significativa y aleccionadora.

Con ella no hay un contacto directo. Ni en su trabajo ni en sus actividades sociales Mill tuvo oportunidad de contactarla, de conocerla por dentro medianamente. Con todo, la información que maneja (o el solo ver los barrios obreros) le engendra un claro sentimiento de *lástima*. A lo cual, reacciona con lo ya comentado: hay que *ayudar* a la clase obrera. En este sentido, podemos hablar de una "simpatía" que se traduce en una voluntad de *caridad*.

A la clase obrera, de hecho Mill no le reconoce capacidad de *comportamiento autónomo* ni, por lo mismo, capacidad para *dirigir* una transformación social mayor, capaz de reemplazar el orden capitalista por uno nuevo de carácter socialista (como el que él mismo pergeña en algunos textos). Por lo menos, no se la reconoce para un horizonte histórico políticamente relevante.

Además, para su tiempo, se asusta con una posible liberación y autonomía de la clase. Esto, daría lugar a barbarismos de todo tipo pues la clase no está, todavía, suficientemente educada: es muy tosca, es muy bruta, muy plebeya, le falta cortesía y educación, no sabría gobernar ni asumir la dirección del proceso civilizatorio. Al cabo, algo muy parecido a la opinión

que de la burguesía inicial tenía la aristocracia feudal.

Implícitamente, quizá en términos inconscientes, lo que tenemos es la propuesta de una *relación de subordinación servil*: como intelectual “esclarecido y progresista”, te ayudo, te oriento y dirijo, fijando los objetivos y los tiempos. Y de hecho, cuidando que no sobrepase ciertos límites. Los cuales, no de casualidad, son los que fija la preservación de las bases del sistema. Es decir, lo mismo que hoy se conoce como “reglas de gobernabilidad del sistema”. Los juicios políticos de Mill a veces muy poco tienen que ver con su perfil progresista. Se aterra con Robespierre y con los de abajo: “nadie es tan falto de escrúpulos ni tan ávido por agarrar cualquier cosa que otros tengan y ellos no, como los ignaros cuando poseen el poder.”⁵⁶ En este contexto, su proyecto de reforma electoral tal vez no extraña. En ella propone un voto ponderado según los niveles de educación: un voto para los trabajadores no calificados, dos para los calificados, tres para supervisores y vigilantes, cuatro para agricultores, comerciantes e industriales, para profesionales 5 o 6 y para académicos aún más.⁵⁷ De aquí su norma: en tanto las clases bajas no se eduquen hay que apartarlas del poder. Entretanto, hay que esclarecer a los de arriba. Como bien apunta Kinzer, “el llamado de Mill es a la razón de los que tienen el poder; no a las pasiones de los que no lo tienen”.⁵⁸

Hay otro rasgo para nada fortuito: en la propuesta de Mill no hay *lucha política de clases*, plebeya y ruda. Los textos políticos de Mill son muy abundantes, pero si bien pensamos, todos ellos apuntan a *legitimar* el orden social capitalista. Como a la clase no se le reconoce capacidad para operar como sujeto histórico autónomo, no se discute su elevación a “clase para sí”, tampoco su organización política y la estrategia y táctica funcional a sus propósitos subversivos. Hay, claro está, *lucha economicista*, la que tiene lugar al interior de las fábricas y, en el caso de extenderse a nivel de la nación, no va más allá de las reivindicaciones económicas. En suma, sí a los salarios justos, pero no a la abolición del régimen salarial.⁵⁹

⁵⁶ Mill, “Thoughts on Parliamentary Reform”, citamos según Bruce L. Kinzer, “Mill and political engagement”. Aparece en M. Laine edit., “A Cultivated Mind. Essays on J. S. Mill”, pág. 182. University of Toronto Press, 1991.

⁵⁷ Ver Kinzer, ob. cit., pág. 198.

⁵⁸ Ibidem, pág. 203.

⁵⁹ La óptica de Marx era muy diferente. La clase obrera, en sus palabras, “en vez del lema conservador de ‘Un salario justo por una jornada de trabajo justa’, deberá inscribir en su bandera la consigna revolucionaria: ¡Abolición del sistema de trabajo asalariado!’” Cf. Marx, “Salario, precio y ganancia”, en Marx-Engels, Obras escogidas, Tomo 2, pág. 76. Edit. Progreso, Moscú, 1973.

Referencias:

- Bedarida, F. (1984): “El socialismo en Gran Bretaña hasta 1848”; en J. Droz (1984).
- Bentham, J. (1978): “Escritos económicos”, FCE, México.
- Brailsford, Henry (1986): “Shelley, Godwin y su círculo”, FCE, México.
- Coplestom, F.(2000): “Historia de la filosofía”, Vol. 8 (de Bentham a Russell); Ariel, Barcelona.
- Deane Ph. y Cole W. A. (1967): “British Economic Growth, 1688-1959. Trade and Structure”; Cambridge University Press, Cambridge.
- Droz, J. (1984): “Historia general del socialismo”, Tomo I; Destino, Barcelona.
- Glassman, Peter (1985): “J. S. Mill. The evolution of a genius”, University of Florida Press, Miami.
- Hayek, F. A. (1951): “John Stuart Mill and Harriet Taylor, Their correspondence and subsequent marriage”. The University of Chicago Press; Chicago.
- Kinzer, Bruce (1991); “John Stuart Mill and the Experience of Political Engagement”, en M. Laine (1991).
- Laine, M. (1991) “A Cultivated Mind”, University of Toronto Press, Toronto.
- MacPherson C. B. (1991): “La democracia liberal y su época”, Alianza, Madrid.
- Marx, C. (1973): “El Capital”, Tomo I, FCE, México.
- Marx, C. (1973), “Salario, precio y ganancia”, Progreso, Moscú.
- Marx, C. y Engels F., (1975), “El Manifiesto Comunista”, Progreso, Moscú.
- Mellizo, Carlos (1995): “La vida privada de John Stuart Mill”, Alianza, Madrid.
- Mill, J. S. (1979) : “Principios de economía política”, FCE, México.
- (1986): “Autobiografía”, Alianza, Madrid.
 - (1992) : “Capítulos sobre el Socialismo y otros escritos”, Gernika, Madrid.
 - (1993): “Bentham”, Tecnos, Madrid.
 - y Harriet Taylor Mill (2000): “Ensayos sobre la igualdad de los sexos”, A. Machado Libros, Madrid.
 - y J. Bentham (2004): “Utilitarianism and other essays”, Penguin Books, London.
- Pollard, Sydney (1991): “La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970”, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- Pollard S. y Crossley D.W. (1968): “The Wealth of Britain, 1085-1966”, Batsford, London.
- Roll, Eric (1994): “Historia de las doctrinas económicas”, FCE, México.
- Shelley, P. B. (1994): “No despertéis a la serpiente”, Hiperión, Madrid.
- Schumpeter, Joseph (1991): “Historia del análisis económico”, Ariel, Barcelona.
- Stark, W. (1961) : “Historia de la economía en su relación con el desarrollo social”, FCE, México.
- Valenzuela, J.C. (2004): “Las ciencias sociales: sinrazón y filosofía romántica”, Plaza y Valdés-UAZ, México.
- Woodcock, George (1989) “William Godwin. A biographical sketch”, Black Rose Books, Quebec.